

LUNFARDO

EL TRADUCTOR LUNFA

Una tarde, el médico habitual se presentó con un médico nuevo y lo condujeron a un sanatorio de la calle Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el coche de plaza que los llevó, pensó que en una habitación que no fuera la suya podría, al fin, dormir. Se sintió feliz y conversador; en cuanto llegó, lo desvistieron; le raparon la cabeza, lo sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo auscultaron y un hombre enmascarado le clavó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, vendado, en una celda que tenía algo de pozo y, en los días y noches que siguieron a la operación pudo entender que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal del infierno.

Jorge Luis Borges, "El sur", *Ficciones* (1956)

Una tarde, el tordo habitual cayó con un tordo nuevo y lo condujeron a un sanatorio de la yeca Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el tacho que los llevó, pensó que en una pieza que no fuera la suya podría, al fin, apoliyar. Se sintió feliz y chamuyador; en cuanto llegó, le sacaron la pilcha; le raparon la capocha, lo sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo auscultaron y un chabón enmascarado le encajó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, vendado, en una celda que tenía algo de pozo y, en los días y noches que siguieron a la operación se desayunó que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal del infierno.

Reescritura lunfa de "El sur", de Jorge Luis Borges

¿Se animan a proponer una versión lunfa para este fragmento literario?

—Una señora pregunta por usted, Pavel Vasilich! —dijo el criado—. Hace una hora que espera. Pavel Vasilich acababa de almorzar. Hizo una mueca de desagrado, y contestó: —¡Al diablo! ¡Dile a esa señora que estoy ocupado! —Esta es la quinta vez que viene. Asegura que es para un asunto de gran importancia. Está casi llorando. —Bueno. ¿Qué vamos a hacerle? Que pase al gabinete. Se puso, sin apresurarse, la levita, y, llevando en una mano un libro y en la otra un portaplumas, para dar a entender que se hallaba muy ocupado, se encaminó al gabinete. Allí lo esperaba la señora anunciada. Era alta, gruesa, colorada, con anteojos, de un aspecto muy respetable, y vestía elegantemente.

Antón Chéjov, "Un drama", *Discursos inocentes* (1887)

¿Cómo serían los cuentos clásicos en lunfardo? Les proponemos que escriban las versiones de *La bella apoliyante* o *El toga con botas*. ¿Se les ocurren otros relatos para adaptar a la variedad coloquial rioplatense?